

RELIGION Y PATRIA

Fundado en el año 1906

Gijón, octubre de 1958

Núm. 1.076

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

De la muerte del Papa Pío XII

EL mundo se ha conmovido ante la repentina muerte del Pontífice. Las naciones todas, de creencias distintas, de orientaciones diversas en la vida, manifestaron su condolencia ante la muerte de quien representaba la bandera de la paz, basada en la fé en Dios.

La labor realizada por el Pontífice muerto, fué tan eficaz, tan intensa, tan beneficiosa para la humanidad entera, que elevó a su mayor gloria los postulados básicos de la religión, con la caridad cristiana, en su mayor pureza.

Ante las multitudes, los brazos en cruz del Papa, que acaba de fallecer, eran los brazos de Cristo llamando a la humanidad entera a la paz por la fé, por la grandiosa misericordia de Dios.

Todos reconocían en Pío XII, las cualidades extraordinarias de un hombre que estaba más cerca de Dios que de los hombres, por lo que su tacto y habilidad en la dirección del pueblo católico rebasaba su influencia, llegando a todos los hombres del mundo de buena voluntad.

Su recuerdo será muy duradero. Ha dejado historia tras de sí para que no sea fácil olvidar por nuestra generación. En la guerra y en la paz, su acertado criterio y orientación, hizo que la Iglesia Católica y su representación oficial, el Vaticano, tomase gran fuerza y autoridad en la dirección de todos los creyentes y de todas las religiones.

La Iglesia Católica tiene la seguridad de ver a Pío XII en los altares Dios, en su inmensa justicia, le habrá dado el honor que todos deseamos.



El Hechicero de Inawaya

PARA los que todavía no han sabido calibrar la inmensa tarea de las Misiones católicas en su lucha tenaz contra el paganismo, insertamos este relato del Padre Xavier Verges, M. S. C., que refleja el ambiente hostil, las costumbres bárbaras y ancestrales de los pueblos recientemente alumbrados por la luz del Evangelio. Habla el misionero: «Vuelvo de Inawaya, donde acabo de asistir a bien morir a una muchacha recién casada, que se llamaba Luisa. La mordió una serpiente negra. La muerte de las víctimas de este terrible animal es a plazo fijo: unas veinticuatro horas aproximadamente.

Fuí, apenas clareaba el día. Tuve que atravesar un lamedal con el agua viscosa a la cintura, frenándome desesperadamente mis prisas. Llegué a tiempo de poderle dar los sacramentos en plena lucidez. De vuelta a casa, apenas había andado un escaso kilómetro, pude percibir los alaridos de la aldea, signo inequívoco de que todo había acabado.

Aun sin tiempo de recoger los óleos vienen a visitarme:

—Padre, corra a Inawabui. Victoria Ainie ha sido mordida por una serpiente negra.

Segunda víctima en pocas horas. A toda prisa, una hermana y yo nos po-

nemos de nuevo en camino hacia esa otra aldea, distante unos ocho kilómetros.

Victoria es una hermosa y robusta muchacha de unos veinte años. Tiene facciones semíticas y al mismo tiempo muy conformes al canon de la belleza papú, y, sobre todo, destaca entre las demás jóvenes por su blanca epidermis. La piel del mekeo tiene, por lo común, ese tono del bronce rojo y patinado. Victoria es casi europea de color. Sólo conozco tres casos análogos en todo el país. Lo cierto es que ello le confiere una categoría especial entre todas las muchachas de Inawabui.

La encontramos sentada en su choza entre los brazos de su padre. Estaba en plena lucidez. No sentía más dolor que aquellos dos puntitos rojos en el tobillo que quemaban como dos banderillas de fuego. Le hicimos en cada uno una profunda incisión que cubrimos de permanganato. Ligamos el muslo y le inyectamos una fuerte dosis de suero antivenenoso. Era de esperar que su robusta juventud venciera la inminente crisis.

—Victoria — le dije, sólo Dios sabe lo que puede ocurrir. El es quien gobierna la vida y la muerte.

—Sí, Padre—me respondió. Y se quedó mirándome con sus ojos grandes que la mortal palidez agrandaba.

—Tal vez quiere llamarte. Lo mejor es que hagas una buena confesión.

Respondió sencillamente:

«Deo ifo». Sea lo que Dios quiera. Quiero confesarme.

Desalojaron la choza y yo tuve que revelar a su padre sosteniéndola en aquella postura, porque en este país a los enfermos graves se les mantiene sentados. Piensan que al recostarlos puede sobrevenir rápida la muerte.

Con gran entereza de ánimo, Victoria arregló su conciencia. Momentos después convoqué a la gente y delante de todos le administré los Santos Sacramentos.

A la otra mañana había muerto.

Volví de nuevo para rezar un responso sobre sus despojos. Tenía el rostro pintado de rojo y amarillo. Sobre sus cabellos habían colocado una diadema de plumas de cacatúa y paraísos. La boca se le había contraído con los últimos espasmos de una cruel agonía. Allí mismo alguien me susurró al oído.

—La ha matado Maagaiwa Foifooa.

La enterraron detrás de la choza. Parientes y amigos trenzaron el «Mamau», esos brazaletes distintivos de luto. Las mujeres lo tejen con fibras extraídas de la corteza de un árbol; los hombres, con las flexibles y brillantes fibras del roten.

Comenzaron las largas vigiliass en torno de la fosa. Día y noche arde el fuego, y aun a las altas horas de la madrugada hay siempre alguien que vela mientras los demás duermen. Al tercer o cuarto día suben todos a la choza de la

víctima, rompen los cacharros de cocina, rasgan la red donde ella había acarreado la comida o mecido a su pequeño. Revientan las calabazas en las que traía agua del río, deshacen las >egia> o faldellines de fibra que ella había vestido. En el huerto destrozan los hermosos bananeros, las cañas de azúcar y la manioca. Enseguida, cargados con los despojos, vuelven al pueblo y preparan el banquete fúnebre, para el que sacrifican también todas los animales que habían pertenecido a la difunta.

Mientras tanto, alguien, durante varias noches consecutivas, se esconderá en el huerto destrozado, en espera de que el alma de la víctima aparezca allí y revele el nombre de quien le causó la muerte.

El nombre ha corrido de boca en boca. Maagaiwa Foifooa.

He aquí la historia tal como me la han contado:

Maagaiwa Foifooa es el más famoso hechicero de Inawabui. Hace dos años se le murió su hija, que era de la misma edad que Victoria. Le oyeron jurar:

—Los que han matado a mi hija morirán todos. No se ha de escapar uno. Y, además, morirá también la más hermosa de las muchachas de Inowabui.

Y para que nadie dudara de que desde aquel momento se entregaba a sus terribles prácticas, se embadurnó de negro y huyó al bosque. De vez en cuando se presentaba de repente en el poblado, y la gente huía espantada. Alguien pudo jurar que le había visto rondando de noche la choza de Victoria.

Un atardecer oscuro, Victoria y sus amigas volvían de la fiesta de Bioto cantando. Cerca ya de Inawabui les salió al encuentro un grupo de jóvenes. Bromearon alegres, y uno de ellos, sobrino del hechicero, al pasar ante Victoria le fustigó en las piernas con un latiguillo de fibra de palma que llevaba en la mano. Ella dió un grito y todas escaparon riendo y cantando.

Poco rato después el joven devolvía su látigo al hechicero, que había guardado oculto en un alto herbazal. Era de noche. Aquella monstruosa carátula rojinegra, erizada de corvos colmillos que albeaban a la luz de la luna, era la más siniestra caracterización de las potencias del mal.

—La alcancé en los tobillos. Maagaiwa sonrió triunfante.
—Me basta. Esto debió hacerlo tu primo Maipooga, que es sangre de mi sangre. Pero está lejos. Escríbele esto que voy a decirte: «Esto manda a decirte tu padre: Amepou, el hechicero que mató a tu hermana, ya no vive. Kaika Keamaou, tampoco. Sólo falta la flor más hermosa. Ya le he sacado la sangre».

Y corrió a esconderse bosque adentro. Pocos días después estaba Victoria no lejos del herbazal recogiendo leña. De debajo de un tronco una enorme serpiente negra se desenroscó súbita hacia ella. La muchacha lanzó un grito de horror. La máscara cornuda del hechice-

ro asomó fugaz entre las altas hierbas. Al grito acudieron su padre y otras muchachas que recogían leña en aquellos parajes.

—¡Una augama me ha mordido!

Corrió enloquecida hacia el poblado, y todos tras ella. Le ataron una fuerte liana sobre el muslo. Corrieron a avisarme y llegué a tiempo de asistirle a morir. Todo en menos de veinticuatro horas.

Sobre la choza de Maagaiwa aparecieron al día siguiente ramos de crotona y guirnalda fragantes de frangipani. Era el macabro signo del triunfo de la hechicería. Maagaiwa lo proclamaba impudicamente a la cara de todo el mundo. Los dos hermanos de Victoria, locos de furor, saltaron de su cabaña con arcos y flechas dispuestos a acabar con él. Pero Maagaiwa no dormía. Todos los de su clan, armados también, les salieron al encuentro. Eran muchos contra dos y lograron desarmarlos.

Días más tarde, con ocasión de mi jirahabitual por Inawabui, Maagaiwa me vino a ver en la oscuridad de la noche. Era la primera vez que yo tropezaba con él desde la muerte de su hija, tres años atrás.

Me habló melosamente y me anunció que había resuelto volver a la vida de buen cristiano y que deseaba recibir los sacramentos y asistir a misa.

—¿Qué me dices de la muerte de Victoria —le pregunté a bocajarro.

Me contestó impasible:

—Sólo sé que murió.

Negó rotundamente cuantos rumores corrían sobre la siniestra intervención. Yo no tenía pruebas que oponerle y le admití.

¿Había sido todo superchería de un pueblo acostumbrado a ver en cualquier muerte violenta la mano del brujo? ¿Se reducía toda esta historia a un mero conjunto de coincidencias, agravadas por esa animosidad colectiva hacia quien les obliga a vivir en un ambiente continuo de terror?

No sé qué decir a mis lectores. Hay personas sensatas que han sido educadas en las escuelas de la Misión, veteranos catequistas, incluso que parece deberían estar de vuelta de las viejas supersticiones y que, sin embargo, porfían:

—Es verdad que pueden matar. Vosotros, los blancos, no lo creéis, pero es cierto.

De mi experiencia personal si puedo añadir que en más de una ocasión viejos y notorios hechiceros, arrepentidos ante la proximidad de la muerte o vencidos por la gracia y decididos a ser buenos, me han afirmado:

—Padre, yo he sido uga-uga.

—¿Mataste a muchos?

Y suelen añadir:

—¡Oh, entonces hacía las cosas del diablo!

—Maté a tantos hombres y tantas mujeres.

Y citan los nombres de sus víctimas. ¿Qué pasó en la muerte de Victoria?

Solo Dios lo sabe y puede que algún día yo también

Xavier Verge, M. S. C.

Figuras gloriosas de la raza

"Teresa la Mística"

Doctora de Avila

EL día 15 de octubre se celebra en todo el orbe cristiano e hispánico la efeméride gloriosa de Santa Teresa de Jesús. Ella es la Santa Doctora por excelencia de la literatura mística española que no surgió como un fenómeno aislado y pasajero, sino dentro de un período rigurosamente delimitado, pero que fué un movimiento poderoso en el alma española del siglo XVI, que no se explicaría satisfactoriamente más que poniéndolo en relación con el medio creado por la misión universal, asumida entonces por España como evangelizadora del orbe y defensora providencial de la idea católica contra las amenazas de la herejía protestante que acababa de destrozar la unidad religiosa del mundo civilizado.

En ese museo del arte español y de la historia nacional que es Avila, nació y vivió la gloriosa autora de «Las moradas» y «Camino de perfección». En el hoy llamado Convento de Santa Teresa, nos mostró hace años el Padre Heliodoro del Niño Jesús, un amable carmelita descalzo, en el llamado «Gabinete de la mística doctora», diversas reliquias que le pertenecieron: escritos de su puño y letra, un tintero, un rosario, el báculo, un dedo, un trocito de carne momificada, una sandalia y algunas cosas más que pertenecieron a Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada. También visitamos «La Huerta de la Santa», pequeño trozo de jardín donde de niña jugó en los felices días de su infancia.

Teresa de Avila llevó a los altares todas las virtudes femeninas de la raza, y la hagiografía católica distingue a Santa Teresa de Jesús con un puesto sin plural: la llama doctora, la única doctora de la iglesia universal. En ella, la mística alcanzó no sólo sus más celestiales munificencias, sino también rango de disciplina sistematizada, tan completa ya, que la mística descriptiva apenas ha adelantado de entonces acá, y a los libros de la Santa de Avila han de acudir cuantos deseen estudiar la ciencia secreta del espíritu.

Pero dejemos aparte el aspecto sobrenatural de Santa Teresa de Jesús, Patrona de Intendencia Militar y de la Sección Femenina, cuyos escritos han de ser alimento espiritual de las jóvenes españolas, sobre todo de las que dicen enorgullecerse de estar bajo su manto.

El perfil humano de esta insuperable mujer es tan agraciado, tan español, que

no sabemos qué admirar más en él. Sus contemporáneos ponderan su belleza, su bondad y su inteligencia. Al decir de uno de ellos, era hábil en labores de aguja y bordada, y entre sus trabajos manuales se mencionan bellísimas y delicadas labores que representaban escenas históricas. También fue experta en las artes de la cocina, guisando regaladísimos y gratos manjares.

Su sencillez espontánea y abierta se parece al sencillo atuendo de las amplias llanuras de Castilla, su tierra nativa: «Nunca presumí de letrera, escribe, ni son para acá las mujeres bachilleras; quiero más las que hablan con sencillez». Y aquella sinceridad castellana, que repudió siempre eufemismos y contempORIZACIONES, fué canonizada con la Santa que la llevó en vida casi a límites extremos. A los caracteres insinceros—ejemplo, la princesa de Eboli—nunca se pudo adaptar con ser la plasticidad una de las dotes más destacadas de Santa Teresa de Jesús. No encontró mejor modo de definir al diablo que llamándole «la misma mentira».

La gracia ocurrente y la donosura con que salpica sus escritos, hace inconfundible su estilo y atrae hacia su alma toda clase de simpatías. La energía de su voluntad que jamás retrocedió, y el proselitismo social, que corrían paralelos a la tenacidad evangélica de los Conquistadores de América y de los Tercios de Flandes son sus características esenciales. Sólo así se explica que una mujer recorriera media España y llevara a cabo una reforma tan profunda, extensa y durable.

Cuenta Abel García Valencia, la desgraciada muerte que les cupo a varios de los Cepeda y Ahumada en América. Antonio murió peleando en el Perú; Rodrigo, el compañero de infantiles aventuras de la Santa, murió ahogado en El Plata; Lorenzo y Jerónimo estuvieron en Poyayán con Belalcázar; Pedro padeció grandes descalabros en La Florida y Puerto Rico, se casó en América y murió en Avila, y Hernando vivió en Colombia, según refiere Juan de Castellanos, regresando después a la península.

Pero volvamos a la Santa. La conciencia social de aquel siglo severa y puntillosa en extremo, no permitía a la mujer más actividades que las propias de su sexo, por lo mismo, si Teresa de Jesús recorrió todos los caminos y reformó conventos como poco antes Isabel de Castilla—otro ejemplo a imitar por nuestras jóvenes de hoy—había calzado espuelas y mandado ejércitos, ni una ni otra perdieron el aroma de la feminidad que, a través de los siglos, todavía nos encanta y nos recrea.

José Sanz y Díaz

“Religión y Patria”
Periódico de
propaganda católica

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Dedicatoria: Para L. J.

Las palabras de Jesús de Nazaret caen por todas las tierras, por todos los caminos y en todos los corazones. No deja momento a la siembra, todas las circunstancias son aprovechadas por El; habla a todos y a todos obsequia con el regalo de su palabra de paz y de justicia.

Da la mano a la mujer adúltera, y le señala el camino de la perfección, da la vista a los ciegos y abre sus ojos a la luz de la fé, toca el corazón del mercader y Mateo abandona sus negocios y ciegamente le sigue. Todos son almas que están abiertas a la luz de la gracia.

Y El ha venido al mundo para decir a todos que El es el camino, la verdad y la vida.

No perdamos el tiempo. El mundo necesita escuchar la palabra de Dios, Si por las circunstancias que sean no acude el ciego a la luz de la verdad, es deber de quien conoce esa luz, guiar al ciego hasta acercarse a ella.

No sólo el sacerdote, el predicador, el maestro, está obligado a enseñar al que no sabe, también quienes Dios dotó de la fé tienen la obligación sagrada de acercarse al ignorante y ayudarle a caminar por el sendero de la verdad. El dió a muchos la inteligencia, la cultura, la fé del apóstol, y esa inteligencia, esa cultura, esa fé de apóstol debe ser participada por los demás. Es como la riqueza de la que no somos dueños absolutos, y hemos de hacer partícipes a los que nada tienen y carecen, hasta de lo más necesario.

Muchos son los medios de que podemos valernos para hacer llegar a nuestros semejantes, a nuestro prójimo, la verdad del Evangelio y la fé del creyente. Los sacerdotes nada pueden con quienes viven alejados de la Iglesia, pero la palabra, el afecto, el trato amable y cordial, el interés por los problemas ajenos, el tratar de resolverlos, la ayuda al hermano, que todos lo somos en Dios, pueden llegar a todos.

En el trato con quienes dependen de nosotros, seamos afectuosos, sinceros, amables. La palabra de cariño para muchos, es el pago mejor que podemos hacer. Si somos creyentes de verdad, con la fé ciega de que nos habla el Evangelio, hagamos de esta creencia, un verdadero apostolado y busquemos siempre cualquier ocasión para que cuantos nos rodeen se acerquen cada día más a Dios. Nuestros empleados, nues-

tros obreros, los amigos, la familia, hasta del amor, debemos hacer un templo que lo purifique y llene de dignidad y grandeza.

Todos los terrenos deben de esperar nuestra palabra que caiga como semilla con la seguridad de que fructificará y la cosecha, sin importarnos, tengamos la seguridad de que Dios la vé muy provechosa.

Id y predicad a todas las gentes ...

R.

PIO XII (SONETO)

No murió, que ahora vive eternamente.
La cruz de aquellos brazos extendidos,
sigue dándonos sombra a los sentidos
y vive aún su mano bendiciente.

Su voz de dogmas y de paz, potente
sigue sonando en ecos repetidos,
y de sus ojos ciegos y dormidos
la luz y el brillo celestial se siente.

Salió del mundo, sí, para ayudarnos,
para darnos más amplito el corazón;
con Dios está en el cielo para amarnos,
y dejó su postrera bendición
en la tierra, al marchar y encomendarnos
a la Virgen María de la Asunción.

Hermenegildo Rodríguez

Domund 1958

¿Caminamos hacia una catástrofe?

Usted está preocupado,
Nosotros también.

La angustia de la guerra está clavada en el corazón de la Humanidad.

El Oriente Medio es un volcán.

Rusia extiende su dominio sobre mil millones de hombres.

En el Occidente reina el otro ateísmo, el ateísmo blanco, de un mundo que no cree en más Dios que el dinero, la técnica, el placer.

¿Estallará una bomba atómica y saltará el mundo hecho añicos?

¿Invadirá Rusia el mundo entero para iniciar una era socialista sin Dios?

La hora actual está cargada de trágicos presentimientos.

Si nos volvemos hacia el Oriente encontramos a los pueblos, hasta hace poco oprimidos en general, que quieren alcanzar su plena libertad política y económica pactando—si es preciso—con la hoz y el martillo.

Si miramos hacia el Occidente vemos un gran número de países, donde la justicia social es todavía un sueño o una palabra fácil para los discursos de los políticos insinceros.

Otros pueblos de Occidente han logrado una admirable y envidable distribución de la renta material, alcanzando un bienestar maravilloso, pero sacrificando casi siempre esa renta espiritual, que se llama la fe en Dios, la ley moral, la conciencia del pecado, el espíritu de sacrificio, la caridad.

¿Qué dice la Iglesia?

La Iglesia no quiere la guerra, porque la guerra no resuelve nada.

La Iglesia no es occidental, sino universal.

La Iglesia no ataca tan solo a Rusia sino a todos los que de una u otra forma consideran la materia, el dinero, la carne, el placer, como la única realidad de la existencia.

La Iglesia predica la justicia social para todos, a fin de que las riquezas de la tierra, hoy escandalosamente concentradas en las manos de unos pocos, se distribuyan equitativamente, dando a todos los hombres la posibilidad de llevar una vida en consonancia con la dignidad de la personalidad humana.

La Iglesia predica la fe en un solo Dios, padre de todos los hombres, base de la verdadera fraternidad universal.

La Iglesia predica la fe en Jesucristo, Hijo de Dios, que hace dos mil años se hizo hombre para redimir al mundo del pecado y dar a todos los hombres la dignidad de hijos de Dios.

La Iglesia predica su propia realidad de sociedad visible y sobre natural, constituida por el mismo Cristo sobre la piedra inmovible del Papa, como depósito de la verdad y de la gracia redentora.

nos, con ecos de celestiales consuelos; aquellos ojos en los que brillaba una santidad nunca desmentida... Todo pasó para gloria de la Iglesia y para edificación de los cristianos.

Pío XII ha muerto. Ha muerto, si se puede llamar así al tránsito tranquilo y al renacer a la verdadera vida. Ha pasado por el mundo sembrando semillas de Cristo, regando la sementera con lágrimas de pasión, y nosotros somos los que tenemos que recolectar la cosecha. La semilla es buena, magnífica. El agua purificadora del riego, es fertilizante y fecunda. Nosotros somos los que nos hemos de aprovechar de la cosecha, ópima en frutos del Espíritu Santo.

No ha muerto el Papa. El Papa nunca muere: cambia de nombre, solamente. El que sustituya al que se marchó, seguirá su faena de sembrador. Y nosotros veremos en él la continuación de Cristo, como lo vimos en Pío XII. Pero Pío XII sí ha muerto. Las campanas de todo el mundo han unido la tristeza de sus ecos secos y distanciados, como rumores de muchos millones de corazones que suspiran acongojados por la ausencia de un santo. Pero también esos ecos de bronce son ecos de gloria de las campanas del cielo que tocan a rebato al recibirle en triunfo la Santa Trinidad y la Santa Virgen de la Asunción.

Todos admirábamos su ciencia, su inteligencia cumbre, su saber soberano. A todos conmovía la extensión de una cultura inmensa, de una diplomacia suma, de un ajustarse a todos sus actos y sus prédicas, a lo que estrictamente convenía, con decisión y valentía; con humildad y discreción. A todos subyugaba y a todos cautivaba su justeza en todo. Pero esta cautivación no era motivada por toda esa fuente de sabiduría y diplomacia: era motivada por su excelsa santidad. Algo emanaba de su persona, que persuadía más que su ciencia y que su diplomacia y que todas las demás dotes, y era su santidad nunca desmentida.

Pasó su vida en santidad, y su muerte fué una rúbrica final en el pliego extenso de su pontificado. Dios le premió con su presencia en vida, y la Santa Virgen le premió también la promulgación de su dog-

ma asuncionista. Pero aquellos premios ya recibidos, solo eran un anticipo de los que hoy estara disfrutando en un sitio privilegiado del cielo.

Dios le sorreirá y le bendecirá eternamente. La Santa Virgen, le mirará agradecida, como madre solícita, y el mismo Príncipe de los Apóstoles, con los ojos brillantes de emoción, le recibirá orgulloso de haberlo tenido por sucesor en la tierra.

Pío XII ha muerto, pero Pío XII vive eternamente para nosotros y para la Iglesia de Cristo.

HERO

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3238

Comentando
PIO XII

Quiero rendir el humilde trabajo de mi pluma ante la verdadera tristeza que en estos momentos envuelve al mundo católico. Pío XII ha muerto. Aquella sombra blanca que destacaba su silueta en cruz al lado de los humildes y de los afligidos en todas las horas tristes; aquella brillante voz que sonaba con sencilla solemnidad en nuestros micrófo-

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)